

JONAS LIE (1)

De las tres personalidades literarias que representan en Noruega el movimiento intelectual, que comienza á llamarse clásico, desde que han aparecido

(1) Una explicación debo á los lectores de las *Cartas finlandesas*, cuya serie quedó interrumpida en el examen del *Kalevala*. Para completarla, había pensado dedicar algunas más al estudio de la literatura y artes contemporáneas; pero estando muy ligado el movimiento intelectual de Finlandia al de Suecia y en general al de todos los países escandinavos, me ha parecido preferible tratar esta materia en algunos de estos esbozos críticos, que iré escribiendo como y cuando buenamente pueda. Y ya, puesto á dar explicaciones al lector, indicaré que con estos artículos sobre los hombres del Norte no pretendo introducir ninguna influencia nueva en las artes españolas. Mi idea es vulgarizar entre mis paisanos lo poco que sé de estos países y particularmente de su literatura.



en escena los «jóvenes noruegos,» la menos conocida en Europa es Jonas Lie. Henrik Ibsen goza de una celebridad casi universal, y Bjornsterne Bjornson es conocido como autor dramático de tendencias modernistas y revolucionarias; la tercera persona del trío clásico, aunque también ha traspasado las fronteras de su país, figura en segundo término y es más citado por su nombre que por sus obras.

El juicio sobre la literatura de un país se ajusta necesariamente á dos perspectivas: hay una perspectiva interior, según la cual cada hombre ocupa el puesto que merece por la importancia nacional de su obra; y hay otra perspectiva exterior, que mide á las personalidades por el valor universal de sus ideas. Lie es un autor nacional, que en Noruega ha ejercido y ejerce mayor influencia quizás que Ibsen y Bjornson; pero que por su falta de tendencias doctrinales, por su desdén hacia las ruidosas innovaciones artísticas, carece de relieve para atraer la atención del público europeo,

más pagado del brillo de la novedad que del positivo mérito. Lie es el Pereda noruego, y sus obras, á causa del mismo vigor con que están adheridas al suelo del país por el que han sido inspiradas y para el que han sido escritas, se despegan de él difícilmente y no pueden remontar muy alto el vuelo. Hay, sin embargo, una diferencia entre Pereda y Lie: éste, ya que no disfrute de gran nombre literario en Europa, es leído, comprendido y admirado en todos los países escandinavos; en tanto que Pereda es considerado poco más que como un novelista regional en nuestra nación, y tiene que acompañar á veces sus libros de un vocabulario montañés para que le comprendan sus lectores de otras regiones; que á tal punto llega nuestra ignorancia y nuestra desidia, que hasta las cosas de nuestro propio país nos suenan á extranjeras en cuanto se apartan unos cuantos quilómetros del lugar de nuestro domicilio.

Lie no es un innovador ni un doctrinario: es un observador de las costum-



bres de su país y un escritor natural sin naturalismo. Sus obras son «sanas» tanto como buenas. Una amiga mía que conoce y trata á Lie, dice que éste no ha tenido nunca otro secretario que su propia mujer, por la pluma de la cual han pasado una á una todas las líneas que el maestro novelista ha escrito para el público; y como un hombre, por muy despreocupado que sea, suele guardar cierta compostura cuando se expresa delante de su familia, los libros de Lie tienen siempre un carácter comedido y ejemplar que le ponen al alcance de todo el mundo. Dato éste muy importante en la literatura noruega, en la que abundan los escritores desenfadados y aun obscenos, cuya fama comienza á formarse con libros que la policía tiene que recoger para que la moral pública no padezca. Lie se mantiene alejado de la lucha reformadora, en la que Ibsen y Bjornson han conseguido tantos lauros; vive casi siempre fuera de su país para verlo mejor, y escribe todos los años una novela que aparece indefectiblemente por Na-

vidad, como «julklapp» ó aguinaldo que el autor hace á sus lectores; éstos compran el libro y lo leen con delectación; y á veces lo compran para regalarlo, porque aquí en el Norte se regalan libros por Pascua, y hay una abundancia sorprendente de «julliteratur» ó literatura pascual para gloria y provecho de los que escriben. Yo no sé si esto es mejor que concentrar todos los afectos en el pavo y en el turrón; pero es así.

La personalidad literaria de Lie tiene varias fases, bien que la principal sea la de novelista, y en la de novelista la de autor de cuadros de costumbres. Como autor dramático ha escrito algunas obras como *Grabows Kat* y *Lystige Koner*, que no bastan para asignarle un papel importante en la literatura dramática noruega, tan abundante en obras magistrales. Y como novelista, su especialidad más saliente son las narraciones novelescas. Porque en el Norte es tan considerable el número de los escritores, que el género novelesco se subdivide en especialidades: hay cultivadores



del «sojoeroman» ó novela marítima, como si dijéramos, marinistas literarios; hay quien, como Kielland, consigue crearse una gran reputación escribiendo sólo novelas satíricas sobre la gente de negocios (*Garman Worse, Skeppar Worse*); otra variedad de las más importantes es la narración de aventuras fantásticas ó cuentos de hadas, que en el Norte despiertan gran entusiasmo; la novela de carácter religioso, la de costumbres literarias y muchas más. Lie es de los contados autores que abarcan los diversos géneros, y en el catálogo bastante crecido de sus obras no hay aspecto de la vida noruega que no se halle representado por una ó varias producciones. Como narración más íntima tiene su *Gaa paa* (*¡Ibala!*), y como maravilloso cuentista fantástico dos volúmenes de *Trold*, en los que la Noruega aparece al través de un encantamiento, poblada de gigantes y monos, geniecillos y brujas, no desprovistos de simbolismo. Este rasgo, así como la importancia extraordinaria que en estas na-

rraciones se da á las descripciones de la naturaleza, son los distintivos entre la fantasía del Norte y la de los cuentos árabes, con los que tiene el *Trold* cierta semejanza. Las creaciones fantásticas y alegóricas que tanto sirven para conservar en estos climas helados el espíritu poético territorial, son mal comprendidas por nosotros los meridionales; porque en una atmósfera clara y brillante como la nuestra, las figuras no se mantienen mucho tiempo á media luz, y bien pronto se contornean y aparecen á nuestros ojos con carácter más real y más humano. Para formar una idea aproximada del *Trold*, tenemos un ejemplo en los gnomos con que la fantasía genial de Zorrilla pobló nuestra Alhambra, único paraje quizás en toda España que se presta á servir de asilo á estas pequeñas tribus poéticas; y á pesar del tiempo transcurrido, aún no se sabe si los gnomos se aclimatarán, si lo que fué capricho de un poeta se convertirá en fecunda amalgama de lo oriental y lo septentrional en nuestro suelo.



Pero el carácter más saliente de la figura literaria de Jonas Lie hay que buscarlo en las novelas y cuadros de costumbres. Más formalistas que nosotros en este punto, los literatos del Norte diferencian la novela de la narración, y aplican el nombre de «fortoelling» ó «berættelse» á narraciones que nosotros llamamos novelas, aunque no se ajusten á las reglas de la preceptiva. La mayor parte de las novelas de Lie son series de cuadros con unidad novelesca, en las que se describe la vida noruega observada desde diversos puntos de vista. *Thomas Ross*, *Adam Schrader*, *Rutland*, *Maissa Fons*, *Lodsen og hans hustru* (*Lodsen y su mujer*), *Onde magter* (*Fuerzas malélicas*), *Livsslaven* (*Esclavo de la vida*), no son más que cuadros de la vida en los que va desfilando toda la sociedad noruega, desde las clases llamadas directores hasta el proletariado.

Los tipos preferentemente estudiados por Lie y los que interpreta con mayor acierto son los de mujer; y las obras consagradas á la mujer, como *Famiyen paa*

*Gilje* (*La familia en Gilje*), *Kommandorens doctre* (*Las hijas del comendador*) y *Niobe* (estas dos últimas tituladas ya novelas), son las más celebradas del fecundísimo autor noruego. Algunos de sus libros son, más que novelas, visiones ó contemplaciones en que lo esencial no son ni la acción ni los tipos, sino el sentimiento de la naturaleza. Sus diversos «foertaellinger y skildringer» de Noruega, y en particular su libro más popular, *Den Fremsyute* (*El clarividente*), son comparables á las *Escenas montaÑesas y Tipos y paisajes* de nuestro Pereda.

Lo menos importante en las obras de Lie es el asunto novelesco, porque su fuerza reside en la reproducción viva, fiel, sin realismo sistemático, de lo natural, siendo ésta la causa, como indico, de que sus novelas sean casi intraducibles y con dificultad apreciadas por quien no conozca la vida noruega. Sin embargo, en sus últimas novelas el asunto va adquiriendo gradualmente importancia y aun tendencia resueltamente contraria á las tendencias corrientes en



esta literatura. En su reciente narración *Naar sol gaar ned* (*Cuando el sol se pone*), estudia uno de los problemas más debatidos en la actualidad, el del adulterio, con vistas á la emancipación femenina. Cerca de Cristianía vive la familia del doctor Grunth, médico militar: el doctor; su mujer, llamada Stefanía; sus hijos, y el padre del doctor, capitán de marina retirado. Este nota el primero la extraña conducta de su nuera, y pone al lector en autos de lo que ocurre; y el lector presencia el cuadro de una familia en la que poco á poco se va infiltrando, como germen de disolución, la traición conyugal.

El autor no habla del adulterio; pero lo describe por reflexión, siguiendo paso á paso las transformaciones que todos los miembros de la familia sufren bajo la sugestión de la falta cometida por la madre. El hijo huye de la casa; una de las hijas se niega á casarse, avergonzada por la afrenta de que su madre la hace víctima; por último, el doctor Grunth sabe que su esposa mantiene se-

cretas relaciones con el banquero Wingaard y toma inmediata venganza. Viene Stefanía á la cita convenida con el banquero, en una «villa» que ésta tiene sobre el «fjord» de Cristianía, y luego que bebe una copa de licor, que estaba allí dispuesto de antemano, cae presa de violentas convulsiones. El banquero corre en busca del doctor Grunth, que es el médico que hay más á mano, y le explica cómo su mujer se ha puesto súbitamente enferma y ha tenido que refugiarse en la «villa» para que allí le pres-ten auxilio. Acude el doctor; pero es demasiado tarde: su pobre esposa ha muerto ya, á consecuencia de la ruptura de un aneurisma, según el mismo esposo declara.

Sólo el padre del doctor sabe la verdad, porque su hijo le dice al volver: «Ha tenido lugar un juicio de Dios, y Dios ha juzgado.» Así «ventila» su casa el doctor Grunth. No sabemos lo que hubiera hecho de hallarse en el caso de Helmer, el esposo de Nora; pero probablemente no le hubiera dejado marchar-



se y abandonar la familia. El caso no es el mismo, porque Stefanía no se emancipa, sino que engaña; pero en la ejecución fulminante de la adúltera se nota el poco caso que Lie hace de las alharacas del feminismo, patrocinadas por Bjornson.

Con más franqueza se declara en contra del nuevo estado social, creado en Noruega por los reformadores, en su «nutidsroman» ó novela contemporánea *Niobe*. En esta obra pone Lie frente á frente dos sociedades: la antigua, «de su tiempo,» representada por un matrimonio honrado y trabajador que, sin meterse en honduras ni reformas ni novele-rías, gana una fortuna regular, suficiente para vivir á la buena de Dios; y la moderna y flamante, simbolizada por seis hijos de ese matrimonio, los cuales conforme van creciendo van haciéndose buenos los unos á los otros, de puro malos que todos son. De los varones, el uno es un desequilibrado, reformador de la humanidad; el otro es un John Gabriel Borkmann en embrión, es decir,

un loco atacado de la manía de las grandezas económicas; y el último es aficionado al estudio de las substancias explosivas, y prepara sin saberlo la espantosa catástrofe final. En cuanto á las niñas, están al corriente de todas las «nuevas ideas,» y una no se para en las ideas, sino que es entusiasta del amor libre. El conflicto se presenta porque el segundo de los hijos, comprometido en malos negocios, va á declararse en quiebra. El padre no puede soportar esta deshonra, y dejándose llevar de un arrebato momentáneo, prende fuego á los depósitos de madera de su hijo para que el incendio encubra la bancarrota. Después de cometer el atentado, se envenena. La madre pretende entonces hacer frente á la situación; pero cuando, reunidos todos sus hijos, ve que ninguno es capaz de ayudarle y que todo está perdido, incluso el honor, penetra en una habitación, donde su hijo, el anarquista en agraz, guarda algunos cartuchos de dinamita. A poco la casa vuela, y ella con sus hijos queda sepultada en los escombros.



«Riete,» como el doctor Grunth, no se ha andado con rodeos, y la juventud noruega ha sufrido su correspondiente juicio de Dios. Lie es un hombre experimentado.

No es Lie un espíritu muy feliz para inventar y sostener una complicada urdimbre novelesca, y no sería difícil hallar en algunas de sus obras ciertos puntos de semejanza con las de autores extranjeros; sin embargo, esto es de valor accidental, puesto que lo característico en él es el realismo pictórico y delicado, al modo de Daudet, no la fuerza de inventiva ni la acción complicada ni la habilidad en el manejo de los muñecos. Sus obras más perfectas son las más sencillas. Después de *Naar sol gaar ned*, publicada en 1895, vinieron *Dyre Rein*, el 96, y *Landelin*, que acaba de salir á luz; pues á pesar de sus setenta años, Lie escribe tan fresca y metódicamente como hace treinta. *Dyre Rein*, en historia «fra eldefars hus» (historia del tiempo de nuestros abuelos), es un modelo de novela al estilo de Lie. La acción

está explicada en dos palabras. El juez Orning vive en un retiro arrinconado, escondido en las montañas, con su mujer y cinco hijas. La menor, Mareta, está prometida á uno de los empleados del tribunal, llamado Dyre Rein; y entre ambos se desarrolla el «idilio trágico,» que así debía titularse esta novela, con mejor razón que *Un idilio trágico*, de Bourget. Porque Dyre Rein, naturaleza poco comprensible para nosotros, es un pietista, un espíritu dominado por la alucinación religiosa y el terror á los castigos sobrenaturales. Uno de sus antepasados cometió un crimen que quedó impune, y Dyre Rein cree que él ha de sufrir el castigo, puesto que, según la Escritura, las faltas de los padres caen sobre los hijos y se transmiten de generación en generación. Dyre Rein lucha entre su amor á Mareta y su temor de asociarla á la pena irremediable á que se siente condenado, y la noche antes de la boda se suicida arrojándose á un torrente. No puede darse más simplicidad en el argumento, y, sin embargo, basta pa-



ra animar una admirable evocación: una reconstrucción de la vida, y no á la manera de los antiguos cultivadores de la novela histórica, sino penetrando más hondo y pasando del parecido exterior de las figuras y ropajes á otro más esencial, el del espíritu, en lo que contados artistas aciertan.

Jonas Lie es el tipo de esos literatos ejemplares que, sin pretensiones de renovar ni el arte ni las ideas, aceptan una forma que se ajuste á su modo de ver personal, y se aplican á dar cuerpo á la sociedad en que viven. Si alguna vez se aparta de su época, no es para profetizar ni para adelantarse á los acontecimientos: es para dar algunos pasos ateos y lamentarse de las cosas buenas que se fueron. Examinando uno á uno sus libros, ninguno nos hará pensar que su autor es un genio extraordinario; pero vista la obra en conjunto, hay en ella materiales para conocer plenamente la vida noruega durante un siglo, y quien tal hace tiene derecho á que se le considere como una figura literaria de primer or-

den y méritos para ocupar en el porvenir un puesto más alto que el que ocupan muchos meteoros del arte que en Noruega, y en otros países que no son Noruega, deslumbran durante algún tiempo con el brillo de una originalidad enfermiza, y desaparecen luego dejando tras de sí una obra oscura é inútil.